





Poemario esférico

Abel González Canalejo

Prólogo de
Francisco Correal



Título: Poemario esférico

Primera edición: septiembre, 2025

© 2025, del texto Abel González Canalejo.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Ilustraciones por Lily Vainylla

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1917-2025

ISBN: 979-13-87720-29-2

*A mi hijo Marcelo, quien me enseñó que el fútbol también es
poesía en cuanto es emoción compartida.*



Índice

Prólogo: Goleada en cinco versos alejandrinos.....	9
POEMARIO ESFÉRICO	15
SAQUE INICIAL	17
POESÍA Y FÚTBOL	19
POEMARIO ESFÉRICO	27
EL CARRUSEL DEPORTIVO.....	29
EVASIÓN O VICTORIA.....	33
BUTRAGUEÑO MOSTRÓ SU HOMBRÍA.....	37
LA GESTA DE «CASTRO».....	43
MÁGICO GONZÁLEZ.....	45
EL FALLO DE JULIO SALINAS	51
GIL Y GIL.....	55
EL MARCADOR SIMULTÁNEO DARDO	59
MÍCHEL Y VALDERRAMA	63
LA MANO DE DIOS.....	67
LOS PARTIDOS DEL RECREO	71
LA DESPEDIDA DE KEYLOR NAVAS	77
LA CENA DE CUERVAS Y LOPERA.....	79
EL MARACANAZO.....	83
EL HOMBRE QUE TROPEZÓ DOS VECES CON EL MISMO FOSO	89
PARAR EL TIEMPO A LO PANENKA.....	93
LOS DOS APELLIDOS ARBITRALES.....	97
LA FALSA CAMISETA	103
ESPAÑA 12 - MALTA 1	107

EL PROFETA LAMINE YAMAL.....	117
EL ENVASE DE LOPERA.....	121
BERRUEZO Y PUERTA, LOS DEL CORAZÓN PARTIDO	129
EL REMATE.....	137
POEMA ESFÉRICO.....	139
Agradecimientos.....	141

Prólogo

Goleada en cinco versos alejandrinos

No había romancero más perfecto, poesía oral y coral mejor enraizada en la memoria que las alineaciones de los equipos de fútbol recitadas como salmodia por los locutores radiofónicos o por la megafonía de los estadios. Eso ahora es más difícil con las rotaciones y los cinco cambios permitidos. Un doble atentado contra la memoria del que se lamentaba hace muchos años Miguel Delibes padre (conseguí su teléfono a través de Miguel Delibes hijo, biólogo y amigo) cuando lo entrevisté en vísperas de un Betis-Valladolid. Él fue cronista de fútbol en Zorrilla, aunque los domingos que se iba de caza la crónica la hacía su hijo. Como tenían el mismo nombre...

No conozco una herramienta mnemotécnica más poderosa que el fútbol. Gracias a esta afición bien temprana aprendí geografía (cada lunes trazaba líneas en un mapa de España que unían las ciudades de los equipos que se enfrentaban el domingo siguiente), aprendí matemáticas con los positivos y negativos que han desaparecido con la liga de los tres puntos, concesión a la pérvida Albión. Los héroes de los locutores aparecían en los cromos, con los que de niños organizábamos un mercadillo que ríete de la Bolsa de Nueva York. Los jugadores monosilábicos tenían doble valor (los recuerdo como una partitura musical: Lo, Re, Niz, Blas, Sol) y también los de muchas letras: Martín Esperanza

15 (había que decir el nombre del futbolista y el número de letras). Por eso, cuando Juan Manuel Asensi 16 pasó del Elche al Barcelona y se convirtió en Asensi 6 su cotización era inferior.

El libro de Abel González Canalejo me ha tocado las fibras más sensibles de mi memoria balompédica. Yo también bebí del pozo de Albert Camus, al que le dieron el Nobel de Literatura el año que yo nací, 1957 (ese año el Madrid le ganó a la Fiorentina la segunda Copa de Europa); *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano tienen una arteria llena de futbolistas. Tuve la suerte de conocerlo y entrevistarle, compatriota de los artífices uruguayos del maracanazo de 1950 al que Abel le dedica uno de sus poemas esféricos.

Un libro lleno de *fair play*, porque tanto el título como la introducción de uno de sus poemas, «El envase de Lopera», siendo el autor sevillista, los firma su amigo bético Ángel González Aguilar. A Abel no lo conozco en persona cuando escribo estas líneas. Mi hija Carmen, que nos ha hecho abuelos, es compañera en Ghenova y conoce a algunos de los integrantes de su Peña Esférica.

22 poemas, como los integrantes de un equipo de fútbol, por mucho que Helenio Herrera dijera que con diez se juega mejor que con once. Once contra once en ese deporte en el que, según Gary Lineker, siempre gana Alemania. Eso era antes (de Fernando Torres). Cuando escribí la biografía de Gordillo (autor del 13-1 a Malta que le anuló el colegio) titulaba un capítulo «Once alemanes y alemanes, 11». En la calle que está junto a las gradas de la Catedral estuvo la secretaría del Betis antes de trasladarse a la calle Conde de Barajas, donde nació Gustavo Adolfo Bécquer.

Un libro lleno de fútbol y poesía. Con la dialéctica entre culteranos y conceptistas de nuestro Siglo de Oro. La línea que separa a Quevedo, que jugó en el Cádiz, el Valladolid y el Atlético de Madrid, y a Góngora, que aglutinó a los poetas

del 27 y era Argote de segundo apellido, como Estanislao Argote, futbolista del Athletic de Bilbao que el 21 de junio de 1977 hincó la rodilla en la final de la primera Copa del Rey con el penalti que Esnaola le marcó a Iríbar.

La mano de Dios; las potencias del Buitre (con el santo Job de testigo); el 12-1 a Malta; el penalti a lo Panenka; la *Oda a Platko* por el heroísmo de Jesús Castro, hermano de Quini, en su mejor parada; el día que Franco pasó a llamarse Franco Martínez; la evidencia con Berruezo y Antonio Puerta de que mueren más futbolistas que toreros, Joselitos con borceguíes. El realismo mágico de Mágico González, que como Quevedo también jugó en el Cádiz, donde es un semidiós, y en el Valladolid. García Márquez, Nobel de Literatura el año del Mundial de España, nace en 1927, el mismo año que Puskas, y muere en 2014, igual que Di Stéfano.

Los poemas van precedidos de apasionantes historias explicativas. Prosa poética, podemos decir. El Marcador Simultáneo Dardo es una reliquia de la semiótica del fútbol, como el transistor que inmortalizó Benito Moreno o el Anuario Dinámico, ese canto al miniaturismo en libros-pulga que condensaban toda la temporada. Voy acabando. Primero con dos historias de cromos. Javier Marías, el mejor novelista español de nuestro tiempo y el más futbolero, cuenta en el libro *Salvajes y sentimentales* que no había manera de encontrar el cromo de Mendonça, un futbolista angoleño que jugó en el Barcelona. Para convencer a un compañero de clase que lo tenía, se lo cambió «por una foto de mi joven tía Tina», que por lo visto era un cañón.

Enrique Valdivieso ha sido el mayor estudioso del Barroco sevillano, experto en Murillo y en Valdés Leal. Murió con su mujer en trágicas circunstancias en su casa de la calle Mateos Gago. Le hizo mucha ilusión publicar el libro *Cromos de fútbol del Real Valladolid. La época dorada 1948-1964*. Ciudad en la que nació y de cuyo equipo fue socio. Cuenta en el libro que no había manera de encontrar cromos de un

tal Cabezudo, portero suplente del único equipo que tiene en su estadio el nombre de un poeta, José Zorrilla.

Le hablé a Abel, nombre de portero caro, de un descubrimiento que le debo a su libro. Una noche me dormí recitando delanteras legendarias, cuando eran cinco: dos extremos, dos interiores y el delantero centro. Antes de la horterada de los carrileros y el achique de espacios.

La del Athletic de Bilbao: Iriondo, Venancio, Zarra, Parnizo y Gaínza (la recité durante cinco años en las pruebas de sonido en un espacio que tenía en Radio Sevilla).

La delantera Stuka del Sevilla: López, Pepillo, Campanal, Raimundo y Berrocal.

La del Barcelona, que aparece en una canción de Serrat: Basora, Kubala, César, Moreno y Manchón.

Los Cinco Magníficos del Zaragoza: Santos, Canario, Marcelino, Villa y Lapetra.

El Real Madrid de los sesenta: Amancio (mi ídolo de siempre), Serena, Grosso, Velázquez y Gento.

Las cinco delanteras son un puro *Poemario esférico*. Diferentes generaciones de aficionados se las han aprendido de carrerilla. Todas, de cinco equipos diferentes, tenían en común que las formaban catorce sílabas. Versos alejandrinos. Por menos, Boscán y Navagiero pusieron en marcha el Renacimiento paseando por los jardines del Generalife, a dos pasos de Los Cármenes, estadio del Granada, que viajó a Pontevedra en el partido que arbitró en Primera División Franco Martínez.

En este libro, la guerra de las Malvinas la gana Argentina: «Dios no es británico, es algo más sureño (guiño a Silvio)... Dios es porteño». *Poemario esférico* tiene además su particular homenaje a Antonio Machado en el 150 aniversario de su nacimiento: «Mi infancia son recuerdos de un foso de Sevilla...», glorioso comienzo del poema que dedica al empeño de Rinat Dassaev, juguete roto del sevillismo, por saltar con su vehículo el foso de la antigua Fábrica de

Tabacos cuando era rector Javier Pérez Royo, maratoniano, ponente del Estatuto Andaluz y lector de *El capital* de Carlos Marx.

P. D.: Escrito horas después del 0-6 de España a Turquía y del 6-2, 3-6, 6-1 y 6-4 de Alcaraz a Sinner en Nueva York, que parecía La Condomina.

*Francisco Correal,
Periodista y Escritor*



Poemario esférico

Abel González Canalejo

Ilustraciones de Lily Vainylla



SAQUE INICIAL



POESÍA Y FÚTBOL

¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.

—Eduardo Galeano

LA RAZÓN DE POEMARIO ESFÉRICO

¿Y por qué no? Ésa es la razón de este libro.

Siempre me ha gustado lanzar esa pregunta como justificación de las cosas que hago cuando son novedosas o exploratorias. Transgredir convencionalismos que nos encorsetan como normas que, en realidad, nadie nos ha impuesto, siempre me ha aparecido razón suficiente para hacer las cosas, ¿y por qué no? Por eso me planteé escribir, no un poema, sino todo un poemario al fútbol.

Confieso que se me hacía irresistible la idea de que algún poetastro pomposo se rasgara las vestiduras al presuponer que la ausencia de envoltorio intelectual loide privaría a mi manuscrito de belleza o emoción. Nada más alejado de la realidad: la poesía es algo mucho más profundo y cercano; no necesita de peluca, talco y rapé para ser. Que le pregunten, si no, al golfazo de don Francisco de Quevedo, a quien ni la canallería de sus sonetos satíricos ni la zafiedad de su *Buscón* lograron ensuciar el brillo de su *Definición del amor*. Es imposible contener un suspiro tras leer esa maravilla que

comienza: «Es hielo abrasador, es fuego helado...», como tampoco se puede reprimir la carcajada al saborear sus sonetos dedicados a su eterno rival, don Luis de Góngora, «perro de los ingenios de Castilla».

Pero algo pasó con Góngora, quizá a partir de la Generación del 27, que tanto idolatró sus cultismos: algunos llegaron a pensar que la poesía no era posible sin aéreas musas tocando el arpa ni mitos clásicos, y yo afirmo que eso no es cierto, que la poesía no está en las cosas, sino en los ojos que las contemplan (esta idea fue precisamente la fuerza impulsora de mi primer poemario, *Tumba de sal*). Y también afirmo que existe poesía en la cotidianidad, tal como expresó maravillosamente bien Julio Llorente (el escritor, no el futbolista del Tenerife) en su artículo «La poesía de lo cotidiano» (*ABC*, 12 de agosto de 2024):

¿Cómo descubrir la poesía de lo cotidiano? Mirando, levantando la vista del dispositivo móvil... Quien mira atentamente puede paladear gozos inimaginables. Pero tal vez la atención apenas acrecienta nuestro pesimismo. Por eso se nos exige algo más: la mirada específica del poeta, pues en ninguna parte encuentra una poesía si no la lleva consigo... No tiene ningún mérito maravillarse del milagro de que un manzano dé frutos dorados; lo que nos propone el poeta es que nos maravillemos del milagro de que dé frutos verdes... Pero el hombre contemporáneo quiere vivir experiencias novedosas, romper las tenazas de la rutina, fotografiar exotismos para recobrar lo poético.

Yo no puedo estar más de acuerdo con estas afirmaciones. El ser humano busca a menudo la poesía en lo extraordinario, lo maravilloso, lo inexplicable, lo místico y lo misterioso... raramente en lo cotidiano o lo monótono... y más raramente aún en algo tan vulgar como un partido de fútbol.

LA INTELLECTUALIDAD Y EL FÚTBOL

El uruguayo Eduardo Galeano —quizá el más prolífico de los intelectuales futboleros— decía que «el fútbol se parece a Dios en la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales». Y para darle la razón, muy cerquita en espacio y tiempo, el argentino Jorge Luis Borges declaraba que «el fútbol es popular porque la estupidez es popular». Humberto Eco, también detractor de nuestro deporte rey, declaraba que «el fútbol es una de las supersticiones religiosas más extendidas de nuestro tiempo», y George Orwell que «el fútbol no tiene nada que ver con el juego limpio; está ligado al odio, a los celos, a la jactancia y al placer sádico de presenciar la violencia».

Madre mía... menos mal que para contrapesar tanto pesimismo tenemos a un gigante de la filosofía universal, Albert Camus, quien practicó fútbol en su juventud y llegó a declarar: «Todo cuanto sé con mayor certeza sobre la moral y las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol». Y junto a él un puñado de escritores, sobre todo sudamericanos, entre los que destacan Eduardo Galeano y Mario Benedetti. Pero, sin duda, entre la intelectualidad son más los detractores del fútbol que los defensores.

EMOCIÓN COMPARTIDA

Pero digan lo que digan unos y otros, hay una verdad incontrovertible: el hombre es un ser narrativo o mitopoético, que necesita de la épica, contar y escuchar aventuras heroicas y elevar los sucesos cotidianos al altar del mito. Por eso Ulises y Aquiles siguen vivos tras tres mil quinientos años y, por eso, el fútbol, con sus proezas, sus miserias, sus leyendas y su combatividad, ha llegado a ser un imán para

el hombre tan atractivo como el canto de las sirenas para el rey de Ítaca.

Yo, por mi parte, tras toda una vida de cofrade raso y más de veinte años escribiendo poesía cofradiera, sé muy bien lo que es la emoción compartida, e incluso la emoción colectiva, y por eso reconozco en el fútbol la grandeza de un espectáculo (y también una fe) que acompasa el latido de tantos corazones y provoca tantas lágrimas unánimes de emoción y también de decepción. Además, me basta contemplar la felicidad de mi hijo Marcelo —el auténtico hincha de mi casa— cuando comparte alineaciones, clasificaciones y fichajes con sus compadres futboleros (aunque quizá esto último no cuente porque no hay nada en el mundo que arrobe más el corazón que la felicidad de un hijo).

LA POESÍA Y EL FÚTBOL

Alcanzado por medio de este razonamiento el convencimiento de que en el fútbol hay emoción compartida, belleza, épica y lírica... en suma, poesía, cabe preguntarse cuánta poesía se ha escrito sobre fútbol.

En realidad, se ha escrito no mucha, pero sí alguna poesía sobre el tema, sobre todo poemas sueltos, como la *Oda a Platko* (Rafael Alberti), la *Contraoda del poeta de la Real Sociedad* (Gabriel Celaya) que sirvió de réplica a la anterior, la *Elegía al guardameta* (Miguel Hernández), el poema dedicado a Maradona, *Hoy tu tiempo es real* (Mario Benedetti), o el célebre *Estadio de noche* (Günter Grass).

Hay poemas futbolísticos incluidos en las antologías de los poetas que los escribieron y hay también antologías de cuentos futboleros, como aquella que publicó Jorge Valdano titulada *Cuentos de fútbol* (1995) donde él mismo aportaba un cuento junto a los de Miguel Delibes, Fernando Fernán-Gómez, Javier Marías, Rosa Regás y José Luis

Sampedro, entre otros.

Hay también relatos sobre fútbol escritos con una narrativa de corte bastante lírico, como *El fútbol a sol y sombra* (Eduardo Galeano, 1995) o como *Papeles al viento* (Eduardo Sacheri, 2011).

Todo esto y más se ha escrito sobre el fútbol, pero lo que no he alcanzado a encontrar en mis pesquisas es un poemario de un único autor dedicado en exclusiva a este deporte. Esto constituyó para mí un reto, un aliciente adicional para la creación de *Poemario esférico*. ¿Quizá el primer poemario de su género en lengua castellana?

ONCE CONTRA ONCE

La blanca planicie del papel que constituye el terreno de juego de este libro está ocupada por veintidós poemas contruidos en métricas clásicas: décimas, sonetos, alejandrinos, romances y soleares.

Juegan once contra once poemas: once jocosos, golfos y canallas constituyen un equipo, y otros once más solemnes y melancólicos, el equipo contrario (otra vez Quevedo contra Góngora).

Juegan los poemas al balompié y echan a rodar su balón de letras, y con cada regate de la métrica y cada finta del ritmo cuentan historias futboleras.

Algunas tan viejas como el marcador simultáneo Dar-do, al que no alcancé a conocer pero al que llegué a ver por los ojos de mis buenos y viejos amigos futboleros. Otras, tan raras como el origen de los dos apellidos arbitrales, su conexión con el régimen de Franco y con la organización terrorista ETA. Son historias que, unas por raras y otras por viejas, bien merecen una explicación previa para poder entenderse en toda su dimensión, por eso cada poema de este *Poemario esférico* viene precedido por una introducción que

sitúa la acción que luego el poema versificará.

Se cuentan y se poetizan también aquí algunos episodios que fueron inolvidables y quedaron grabados en el inconsciente colectivo de la España que los vivió, como el del 12 - 1 frente a Malta o el del «paquete» de Butragueño. Otros episodios, melancólicos, como los partidos del recreo de nuestra infancia o la falsa camiseta, y otros que cuentan gestas heroicas como la de Jesús Castro fuera del terreno de juego, o bien que narran obras de arte en movimiento como el penalti de Panenka o el gol a Francia de Lamine Yamal.

Se cuentan también travesuras como la de Michel con Valderrama o la mano de Dios de Maradona, o las protagonizadas por personajes singularísimos tan irrepetibles como Mágico González, Gil y Gil, Luis Cuervas o Lopera, que marcaron una época, aunque también desfilan por estas páginas algunos personajes más recientes, como Lamine Yamal o Keylor Navas. Y también queda hueco para alguna leyenda forjada por el imaginario popular (a pesar de tener base real), como la del hombre que tropezó dos veces con el mismo foso.

TIEMPO DE DESCUENTO

Confieso que la construcción de este poemario me ha dado muchas satisfacciones. Más allá de la consecución de un reto que me propuse (téngase en cuenta que, básicamente, yo no soy futbolero) esta obra me ha permitido conocer un montón de historias y anécdotas maravillosas, heroicas, emotivas, divertidas, desvergonzadas... y, sobre todo, me ha facilitado compartirlas con mis amigos y con mis hijos en ratos inolvidables.

Y, al final, creo que eso es lo mejor que el fútbol ofrece a nuestras vidas: la emoción compartida con nuestros seres queridos. Eso, y las señales de identidad que nos

proporciona, la pertenencia al grupo, los colores, la identidad tribal, si se quiere llamar así. Un amor, un color y una fe en la que reconocerse junto a otros y que poder legar a nuestros hijos y discípulos. A la postre, los humanos seguimos siendo seres inevitablemente tribales. Yo, al menos, lo siento así.

Finalizo ya. Se acaba el tiempo de esta introducción y es hora de echar a jugar a los poemas. Espero que disfruten de este *Poemario esférico* casi tanto como he disfrutado yo escribiéndolo para ustedes.

Nos vemos en los estadios, los ruedos, los templos y los bares...

A. G. C.